



CUENTOS





De un terco y su prisión

Fotografía de la autora



María Fernanda Zapata

Estudiante del programa de Negocios Internacionales

Era una pequeña finca rodeada por un largo río, cafetales, sabanas y pequeños cerros. En ella vivía una pareja de viejos. Allí había una casa grande, una mediana, una choza vieja como cocina y un matrimonio que hasta hoy seguía siendo particular y reflejaba lo que es el amor en tiempos de terquedad...

—¡Calixto! ¿Viste la olla de los guineos? —gritaba Tirsa mientras Calixto alimentaba a su mula—.

¡Calixto! ¡Esa es la olla de los guineos! ¡Ahí comemos! —Miró la olla, y efectivamente lo era—. ¡No sé cómo vas a hacer, pero me regresas esa olla limpia! Seguro y ya tiene los abichuchos de la *garrapata* de tu mula —le dijo, furiosa. Calixto estaba algo molesto, pero no dijo ninguna palabra. No tenía el valor para responderle. Ella era la única persona que podía decirle “garrapata” a su mula.

Agarró la olla y sacó los “desperdicios” que quedaban. Fue a la troja y agarró el jabón y el trapo viejo de lavar los platos. Al terminar, se dirigió al cuartico (lugar donde encuentran cualquier cosa inservible que los viejos no desean botar) y cogió su machete y su escopeta. Se puso sus grandes botas negras, su gorro viejo rojo que le había regalado su nieta y su chompa azul turquí que le había lavado su esposa. Cuando eran las cinco de la tarde, se fue al cafetal con la excusa de que iba a cazar algo.

A punto de oscurecer, regresó a casa. Traía en una mano plátanos popochos, y en la otra, algo de leña. Tirsa había salido a la tienda, esa que quedaba a quince minutos del otro lado de la casa. Mientras tanto, él colocó los plátanos y la leña en el suelo de la chocita vieja a la que llamaban cocina y prendió el fogón.

El fuego le recordaba su juventud, cuando se era feliz con poco y la vida era más ligera con una familia llena de niños. Calixto siempre había sido algo insensible. Amaba a su esposa, pero su testarudez era más grande. Habían tenido doce hijos: seis mujeres y seis hombres que nacieron y crecieron en aquella finca, y luego se volvieron profesionales y edificaron sus familias. Unos se habían quedado cerca, y otros se habían ido al pueblo vecino. Aunque no vivían cerca, siempre estaban pendientes. Los visitaban algunos puentes festivos, en Semana Santa, vacaciones y en cada ocasión en la que alguno de los dos enfermara.

Sus nietos eran motivo para criar buenas gallinas y engordar a los cerdos. Siempre que iban, Tirsa les hacía un sancocho de bienvenida. Para Nochebuena, la casa era un centro de armonía, risas y unión. Para Calixto, nada igualaba ver cómo sus hijas, nietas y esposa se reían haciendo pasteles... cómo sus bisnietos esperaban cada noche para que él les contara historias de Tío Tigre y Tío Conejo. Jamás se atrevió a expresar la nostalgia al ver que esos momentos se iban quedando atrás y ya no eran lo mismo. Sus ojos brillaban cuando todos estaban en el mesón a medianoche, esperando anunciar un nuevo año, una nueva oportunidad.

Fuera de todo ese sentimentalismo, no quería que Tirsa siguiera enojada. Peló los guineos e hizo un arroz de papas. Fue a la despensa, buscó queso y lo ralló. Al llegar Tirsa, le dijo:

—Ahí está la comida. Sírvete si quieres.

Ella no dijo nada y compuso el semblante, pues no sabía qué hacer de cenar. Antes de dormir, la abuela acostumbraba a hacer agua de panela. Estar sorbiendo y soplando calentaba algo más que sus gargantas; también armonizaba el ambiente.

—Te compré unos panes. Ahora no se los des a los perros, porque también son míos —dijo mientras tomaba el último trago de agua de panela.

Sus ojos chispeaban más que las brasas del fogón. Adoraba mucho un pan de queso. Aunque no los comía del todo porque siempre los visitaban; por tanto, se los daba

a sus visitas o a su guacamaya, esa que trataba como otra hija. Como sea, la noche se hacía más fría, así que decidieron descansar.

Dormitaban en una cama grande, con un colchón viejo y varias cobijas gruesas. Cada uno tenía su lado sagrado de la cama. Uno bocarriba y otro bocabajo. La discusión de casi todas las noches era la misma:

—Calixto, tus pies huelen mal. Anda a lavártelos.


Él no dijo nada. Pensaba que era jodona, y pelear no lo haría dormir, así que obedeció. Lavó sus pies y encendió su viejo radio. Siempre dormía escuchando la AM. Los boleros de noche apaciguaban las diferencias que tenían. El silencio era inevitable, al igual que la serenidad de solo oír los grillos y esa música.

Tirsa se fue quedando paulatinamente dormida, y él, él solo esperaba dormirse. De pronto, se le dio por decirle algo. Quizás ese nudo en la garganta que llevaba tiempo... Después de tenerla siempre al lado, consiguió el coraje de decirle que no habrá mujer más obstinada, estricta y susceptible que ella. Obtuvo el valor para decirle que era el amor de su vida:

—Oye, Tirsa, gracias. Gracias por traerme panes de queso. —La afonía dominaba la habitación, y él solo esperaba una respuesta—. También disculpa por lo de la olla. Te compraré una nueva —le decía con una voz susurrada—. Tirsa, ooooh, Tirsaa.

Para su infortunio, aquella mujer se había dormido. Y quizás aquellas palabras volverían a ese baúl de lazos enredados, nudos que tal vez tendría que aguantarse para un mejor tiempo, para su último día, quizás para su otra vida.

—Tirsa, te amo.

Las horas pasaron y pronto cantaron los gallos. Era de alborada. Ella, en bata, salió con su toalla en hombros y su jaboncito a bañarse al río mientras él encendía el fogón para hacer el desayuno. Su rutina empezaba otro día. Él era consciente de que no podía agarrar la olla de comer para darles ahí mismo a los animales, asimismo... Sabía que era otra oportunidad para salir de esa prisión sentimental, esa que no hace más que dejarlo en un vaivén de emociones. A fin de cuentas, ella era su prisión. 



Malos presagios

Hugo C. Pérez

Estudiante del programa de Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Informática

Las horas se volvieron tan pesadas que llegó un punto en donde se puso en duda el correr del tiempo mismo, y todo lo que se conocía se había detenido en medio de un silencio desgarrador. Los sentidos incluso quedaron deambulando en la nada absoluta de un tiempo que había perdido su significado cuantificable. La brisa que venía de la ciénaga se extinguió de golpe y la existencia misma quedó suspendida de una fuerza invisible que ponía la piel de gallina. Eusebia sintió como su cuerpo se estremecía y todas sus premoniciones pasadas comenzaban a despertar.

La sospecha de los malos presagios volvía a convulsionar los escasos momentos de tranquilidad de aquella mujer caribeña de piel curtida y de nervios de cristal. Eusebia, desde niña, había sido criada en el

ambiente trémulo de las desgracias transfiguradas en las extrañas figuras del pocillo del café, en el vuelo maligno de una mariposa negra por el dintel de la casa, por el aullar de los perros a medianoche y el sinfín de artificios aprendidos en los años vividos en Magangué.

No solo el tiempo se había detenido. Una fuerza extraña que venía de no sé dónde le hacía trizas esa firmeza que había ganado con su cumplida y sagrada asistencia a la misa de los domingos desde hacía más de treinta años, cuando contrajo matrimonio con Fabio García, pescador cimarrón de los playones de la ciénaga.

Sentada como todas las noches en la puerta que daba a la calle, Eusebia contemplaba la luz amarillenta y flácida de los bombillos agonizantes de las terrazas del pueblo. La brisa que venía de la ciénaga le devolvía la devoción que una vez saboreó en los tiempos en que la bonanza de la pesca reverdecía la alegría de todos los moradores. Fabio García, en medio de la casa vacía, descargaba un chorro de humo que se desvanecía en una niebla fantasmal que dejaba impregnado un olor a tabaco que espantaba a cuanto insecto se le atravesaba. Una que otra vez vigilaba la vigilia silenciosa que hacía su mujer todas las noches en el mismo sitio, y quedaba rendido en periodos cortos de tiempo y volvía a caer en el vaivén del tabaco y el estado vigilante de su mujer que hablaba sola en la luz tenue de la puerta.

Eusebia convivía con sus nervios alborotados con cualquier señal pavorosa que veía. Se mantenía pendiente de cualquier designio que pudiera significar un mal augurio. En el patio estaban prohibidos la entrada y el consentimiento de cualquier animal negro. Con el tiempo cosechó un afán obsesivo por desbaratar cuanto maleficio imaginario veía.

Fabio García, desde su poltrona, veía detalladamente a su mujer encargarse todos los días de que ningún objeto extraño se acercara a su casa y, como un observador paciente, esperaba y seguía los pasos de Eusebia en aquel revoltoso ambiente de malos presagios.

Una tarde, con la casa patas arriba, Eusebia agonizaba con lo que sería la visita intempestiva de los nietos que venían de visita. El cielo, ennegrecido por los rumores de lluvia de agosto, hacía que el día en verdad estuviera sumido en una ciénaga de mala hora. Pero Eusebia no se percataba de lo fantasmal que se iba poniendo la tarde. Entre el ramal de ocupaciones y el estruendo de los truenos, se le olvidó por completo la fascinación por encontrarle el mal augurio a cualquier acontecimiento. Fabio García entró con un estrépito de animal asustado, con atarraya en mano. Alertó a todos en la casa del temporal que se avecinaba.

—¡Eusebia, se viene acabando el mundo y no te has dado cuenta! —gritó Fabio García.

—Nombre Fabio. Esos son los temporales de agosto como siempre. Viene con truenos y relámpagos y nunca llueve. No le pares bola eso. De seguro viene vola'ó —contestó la mujer.

Fabio la miró con una perplejidad solemne y después de mucho tiempo dudó de su cordura por un segundo. Todo lo que le había observado a su mujer en su larga vida de casados no coincidía en absoluto con su repentina respuesta y su estado de confianza. Jamás en su vida había visto a Eusebia en aquel estado de calma en medio de un mar de predicciones. Entonces de repente y como a quien le lanzan un maleficio, sintió un escalofrío vivo que le recorría todo el cuerpo y lo dejó estacionado en un vasto silencio sin sentido.

Eusebia por su parte andaba en su trajín desesperado por alistar la casa antes que llegaran sus nietos de visita. Nunca se le vio tan viva y sagaz. Sus movimientos se le rejuvenecieron, su mirada emitía un brillo celestial que a Fabio García le hizo evocar los días en que se metía a escondidas en la escuelita mixta Nuestra Señora La Candelaria a robarle besitos a su eterna enamorada. Era tan inexplicable el ataque repentino de Eusebia que no dejó trasto sin limpiar. Sacó la mejor vajilla que tenía, cambió manteles y sábanas, e hizo que sacaran todos los colchones al sol, con la seguridad de que no iba a llover. Mandó a instalar varias hornillas en el patio para preparar no una, sino tres ollas de sancocho, pero en

menos de lo que se esperaba se abalanzó una lluvia recia que hizo que metieran los colchones corriendo para que no se mojaran.

Era tan grande el estrépito del aguacero que dolía escuchar la lluvia caer en el techo de calamina. Fabio, en su silla de madera, vio por primera vez a su mujer tomar un descanso después del ajetreo interminable en el que se había inmerso. Una que otra vez la vio mover los labios, pero el ajetreo de la lluvia hizo que la comunicación entre ellos fuese imposible de conseguir.

Fabio García no supo en qué momento su cuerpo se dejó llevar por el sonido ensordecedor de la lluvia y cayó por el abismo insostenible de un sueño profundo. Al despertar sintió como si el mundo hubiera quedado varado en un pantano interminable de silencio absoluto. Al girar la cabeza, alcanzó a ver a Eusebia tranquila con un semblante apacible, y por un momento pensó en el cambio repentino de su esposa. La tranquilidad con que había tomado aquel aguacero apocalíptico y cómo su ser ignoró cuanto designio había experimentado anteriormente.

Eusebia se sentó en un banco de madera a esperar a que aquel aguacero desgarrador se apaciguara para poder continuar con sus oficios. Por un momento su cuerpo se estremeció por la bravura de la lluvia y un escalofrío la sacudió de pies a cabeza. Llamó a Fabio, pero el estrépito del aguacero hizo que su llamado quedara fusilado por el sonido estruendoso del techo metálico.

Sintió un temor desgarrador que hizo que le dolieran las entrañas, pero se consoló a sí misma diciendo:

—Nadie se muere en medio de los primeros aguaceros de agosto. 🏠



Refracción

'No te muevas' Ilustración de la autora



Carmen Lorena Romero Segrera

Estudiante del programa de Psicología

Entró al apartamento y, apenas la puerta se cerró, la pasión estalló. Ya llevaban un tiempo chateando y teniendo sexo virtual. Las ganas estaban más que expuestas y esa tarde de lujuria estaba asegurada. Se besaron, se desnudaron en la mitad de la sala, se acariciaron en el balcón y, con un desespero propio de quien ha esperado mucho por un polvo, entraron a la habitación entre trapiés y choques con la puerta.

—Qué rico tenerte aquí —le dijo mientras la tiraba en la cama.

Ella solo se mordió los labios. Los juegos previos al acto sexual continuaron. Cachetadas iban y venían, seguidas de gemidos escandalosos.

Ella tomó su bolso y sacó unas vendas.

—Ahora te mostraré quién manda.

—¡Ufff! Muéstrame.

Le amarró sus manos entre ellas y luego a la cabecera de la cama, para luego jugar con su desesperación.

—Eres muy mala, pero me encanta.

Se montó encima de él y comenzó a moverse en círculos mientras él subía y bajaba su pelvis, le besaba el cuello, mordía su pecho, arañaba sus brazos, lamía sus labios y todo parecía gustarle.

—¡Ahhh!

—No pares —alcanzó a medio pronunciar antes de que ella tomara su cuello.

—No lo haré— le susurró en el oído.

Desesperado, intentó levantarse, lo que hizo que ella se excitara más. Su cara se tornó rara, bastante roja. Ella se asustó mucho, pero por alguna razón no pudo soltarlo. Estaba pronta a llegar a la cúspide. Apretó fuerte, tensó sus muslos y gimió llorando como nunca en su vida lo había hecho.

—¡Qué rico!... ¿No?

Retiró las manos de su cuello y no obtuvo respuesta. Por un segundo su estómago se revolvió. Sentía algo. Miedo no era. ¿Remordimiento? Por alguna razón, tampoco. Se sentía llena, satisfecha, y tal vez por eso no lograba identificarlo. Nunca lo había sentido. Se levantó, se vistió y lo miró.

—Lo siento, guapo. Sé que con todo esto lo mínimo que merecerías sería una disculpa, pero no me arrepiento. Gracias porque con el fin de tu existencia me mostrarte el propósito de la mía —dijo, caminando hacia la puerta. Estaba lista para tomar el ascensor y escuchó una voz.

—Hola “cosita”. Llegaste antes. —Ella quedó sin palabras.

—Ven, este es mi apartamento. —Le abrió la puerta.

Corrió desesperada a la habitación, y él tras ella. El cuerpo ya no estaba. Se giró hacia él y le preguntó desconcertada:

—¿Vives con alguien?

—No, lo que es perfecto. Mira lo que tengo para ti —le respondió mientras sacaba unas vendas de su maletín. 📦

Un golpe con sabor a patilla



Un golpe con sabor a patilla

Ilustración del autor



Leonardo José Cárdenas Cruz

Estudiante de Especialización en Docencia Universitaria

Estaba preparado para un día escolar, para muchos como cualquiera otro. Desde que coloqué un pie en el suelo sabía que no sería un día cualquiera. Mi hermana Vivian debía levantarse temprano para prepararme con la finalidad de que fuera impecable a la escuela, pero decidí salir corriendo. Como ya era costumbre, mi hermana saldría detrás de mí. Siempre me pregunté por qué lo disfrutaba tanto. Corrí tan fuerte que en pocos segundos estaba sobre la terraza, que quedaría marcada por un golpe con sabor a patilla.

El regaño fue grande. Los albañiles estaban furiosos. No era posible que un niño de cinco años dañara su desayuno en un abrir y cerrar de ojos. No valieron las excusas; la molestia fue evidente. Recuerdo a mi hermana decirme: “Leonardo,

eso no se hace”, pero qué iba a saber yo, que lo único que quería era correr y correr.

La llegada a la escuela no fue la excepción. Recuerdo que era un lugar muy agradable sin lujos, un pupitre, una silla y muchos calados que me permitían ver el mundo desde varias dimensiones. Era uno de esos lunes en los que la profe esperaba en la puerta. Ella era hermosa, vestía formal. Su sonrisa era un lucero como los que se aprecian en el cielo de mi hermoso Sincelejo. No entendía por qué tenía que ir todos los días a la escuela, no encontraba explicación, pero realmente lo disfrutaba.

La clase inició, pero había algo muy particular: un nuevo compañero ingresaba a la escuela. Aunque me costó recordar su nombre, le di una cordial bienvenida con un fuerte abrazo. Lo sentí nervioso, y no era para menos. El primer día en la escuela suele ser así.

“Buenos días amiguitos, ¿cómo están?”. Así empezó la clase. Todos cantaban y aplaudían mientras la niña más llorona del salón gritaba en la puerta: “Mamá, no te vayas”. Era muy molesto verla así, pero trataban de consolarla. Al final entre tareas y tareas todo se va olvidando, pero eso sí, la merienda era el momento en el que sentía que valía la pena ir a la escuela. Revisé mi bolso, saqué los cuadernos, busqué varias veces, pero para mi sorpresa no había merienda y tuve que preguntarme “¿Será esa la forma de castigarme?”. Aunque no lo entendí, sentí en mi corazón que había actuado mal. Por eso decidí ingeniarle un plan para disculparme con los albañiles.

Pasé toda la clase con mi mirada perdida entre un calado y otro, viendo pasar al señor alto que vendía los bananos o al alto que vendía el agua en pimpinas. Quizás ellos no me recuerden, pero yo tengo su rostro dibujado en lo más recóndito de mi corazón. Al final de la jornada, mi hermana esperaba paciente afuera de la escuela. Todo era alegría, y no era para menos: éramos libres, libres como el pajarito que se metía por los calados y alborotaba toda la clase.

Mi hermana me agarró muy fuerte. Recuerdo que siempre me decía: “Al cruzar la calle no debes soltarte”, pero yo siempre llevaba la contraria. Era un buen niño, pero bastante inquieto. Aunque amaba a mi hermana, no podía contarle mi gran plan para rehacer el daño causado.

Llegué a la casa y, como era de costumbre, le di un abrazo a mi madre, una mujer valiosa que toda la vida se ha esmerado por darles lo mejor a sus hijos. Inmediatamente, consumí los alimentos y por varios minutos me quedé

perplejo ante el avance de la remodelación. El albañil era gordo, con cara de perro bravo, pero en el fondo pude notar que era un buen tipo y si decidía llevar a cabo mi plan, era muy probable que mi pesadilla acabara.

Salí a la terraza y me quedé observando el trabajo que los albañiles realizaban con mucho esmero. El señor se asustó al verme y me dijo: "¿Vienes a tumbar nuevamente la patilla?". "No", respondí bastante triste. El señor quedó sorprendido. Creo que no me había equivocado: detrás de ese hombre de panza enorme y cachetes gordos había un buen tipo. Aceptó mis disculpas, pero me insistió en que no debía repetirlo. Le di mi palabra y le prometí que en unos cuantos días le devolvería una rica y sabrosa patilla sin sabor a golpe.

Tomé las semillas que aún estaban en el piso, me dirigí al lote del frente, ese que con el pasar del tiempo se fue convirtiendo en nuestra cancha de fútbol y busqué un agujero de esos que hacen las hormigas. Afortunadamente, el día anterior había llovido y se me hizo fácil enterrar las semillas.

Pasaron los meses y el lugar empezó a llenarse de una hermosa planta que crecía rápidamente. Entonces decidí adentrarme en ella. Encontré muchas patillas de todos los tamaños. Tomé varias, pero luego recordé que solo necesitaba una para llevársela al señor de cachetes gordos. Pasé la calle, llegué a su puerta y toqué varias veces, pero nadie abría. De pronto, apareció con jabón en sus oídos. No logré descifrarlo, pero recuerdo que al verme sonrió y me dijo: "¿Viniste a traerme la patilla?". "Sí señor, como se lo prometí".

Ese fue el inicio de esta gran aventura. Me sentí tranquilo, seguro de que jamás volvería a lastimar a nadie. La sonrisa del señor de cara amargada me había demostrado que valía la pena pedir perdón y aceptar nuestros errores. 🏠



El vagabundo de la calle 80

Ilustración del autor

Era jueves tres de agosto cuando el toco reloj de Peter marcó la hora. Eran las 6:30 de aquella tarde. Al poco tiempo, el blanco cielo daba el último rayo crepuscular del día y el oscuro manto nocturno se tornaba en toda la ciudad. Este jovial chico de tan solo 16 años salía apresurado del café donde trabajaba, lugar que se ubicaba en lo más profundo de la calle 80, calle en la que por casualidad llegaba de visita una que otra rata al día.

Cuando la luna se posa en lo más alto de aquel mar negro, y mientras Peter va a pie cual deambulante, una pequeña brisa recorre por toda la fría carretera levantando unas hojas que yacían en el borde del pequeño



Juan Pablo Vergara

Estudiante del programa de Antropología

puente. Es en ese preciso momento que un sinnúmero de voces comienza a inundar los oídos de Peter, voces que de la nada iban y venían. Sin prestarles la menor atención, este saca su teléfono y encuentra muchas llamadas perdidas de su madre. Ignorando esto, guarda su dispositivo móvil y agacha su cabeza. Es ahí cuando la escurridiza brisa hace de las suyas nuevamente, pero ahora llevándose a la mitad de la carretera su gorra roja. Sin pensarlo dos veces, corre tras ella y la recoge lentamente. Quién iba a pensar que el sucio juego del destino le tendría preparado otro rumbo a partir de ese momento.

Es jueves tres de agosto cuando el cacharro que Peter llama reloj marca la hora. Pero “oh, qué sorpresa”, bajo aquel sucio cristal no hay más que miles de mariposas diminutas que revolotean sin ánimos de detenerse. Con cada pelo de su cuerpo erizado, Peter se levanta del helado piso, sintiendo hasta en lo más profundo de su ser un cansancio que le agobia su existencia.

Caminando por aquella calle, se da cuenta de lo silencioso que está el ambiente. A sus oídos no llega ni siquiera el sonido de un carro. Tras minutos de estar caminando, se da cuenta de que al parecer no avanza de los mismos ochenta metros de carretera, como si volviera al mismo lugar una y otra vez. Cuando ya los nervios no le dan para más, se percata de que en las barandas de aquel puente solo caminan gatos, como si la humanidad se hubiera esfumado con aquella misteriosa brisa.

Posterior a esto, este joven logra ver en lo más lejos de aquel puente una silueta, una sombra de casi dos metros de alto que se aproxima lentamente hacia él. Peter nunca se había sentido tan dichoso en su vida de ver a otro ser humano cerca. Por cada centímetro que esta silueta se acerca, más su corazón se acelera. Es allí cuando nuevamente se fija en su reloj para no perder la noción del tiempo, pero en este no ya no había más mariposas, sino una hebra delgada de arena que se deslizaba por los bordes.

—Hola muchacho. ¿Qué lo trae por aquí y a estas horas? —pregunta la silueta, que ya había llegado junto a él y tomaba la forma de un simple anciano con pinta de vagabundo. Para ser exactos, llevaba un chaleco azul corroído por polillas o quizá cucarachas, y unos largos y viejos mocasines color marrón que a duras penas y se parecían entre sí.

Asustado, Peter levanta la mirada y se percata de la presencia de este señor y, con la cabeza en Saturno, se

sorprende de cómo aquella macabra sombra ya no era más que un simple viejecillo.

—Ten más cuidado de dónde dejas tus cosas muchacho —le dice el anciano con voz grave y un acento raro, quizás antiguo, como si tuviera cientos de años.

Peter se exalta y lo mira fijamente. Seguía confundido por todo lo que estaba ocurriendo.

El señor hace un fino movimiento y de la nada saca la gorra roja que Peter había ido a recoger antes de que todo esto ocurriera.

—¿Eres mudo, muchacho? —le cuestiona el anciano.

—No, señor, solo que no se qué hace usted con mi gorra —exclama el tímido joven.

—Pareces no saber muchas cosas. Por cierto, tu familia no parece estar preocupada por ti.

—¿Cómo sabe usted eso, señor?

—Yo lo sé todo, no existe la más mínima cosa que yo no conozca.

El par de deambulantes empiezan a caminar poco a poco por aquel puente. Y luego de charlar por media hora exacta, el joven Peter nuevamente se percató de que no avanzaban de los mismos ochenta metros de carretera.

—¿Por qué no avanzamos, señor? —pregunta Peter.

—Porque estamos caminando con el destino, y hasta que ese traicionero no lo decida ni tú ni yo nos moveremos de aquí —le responde el anciano.

Luego de horas de charlar sobre la vida y sus raros enigmas, así como de lo difícil que ha sido la vida para aquel muchacho, y de lo poco que su familia lo comprende, el anciano le confiesa algo:

—Sabes, yo era así como tú: raro, solitario, con pocos amigos y con una familia un poco incomprendida. Recuerdo perfectamente la última vez que los vi, hace hoy doscientos años, cuando recién cumplía los diecisiete.

Anonadado por aquellas palabras y sin comprender cómo es que alguien con diecisiete años luce tan viejo, Peter le hace una última pregunta:

—¿Por qué está aquí, señor?

—Porque mi vida estaba tan vacía que la muerte, en juego con el destino, la condenaron al exilio. Pero eso se acaba hoy. Al parecer, después de estos doscientos años al fin encontraron a alguien tan desdichado como yo, alguien que será castigado por no disfrutar el regalo más hermoso que ha podido existir —responde el vagabundo con una gran sonrisa.

Es en ese preciso momento cuando una luz cegadora lo nubla todo, haciendo que el cuerpo del anciano se torne totalmente de destellos. Destellos que se elevan al cielo con risas de alegría.

Es jueves tres de agosto y el destrozado reloj de Peter marca la hora. Son exactamente las 12:59 de la noche. A lo lejos se escuchan sirenas de policía, y en aquel puente de la calle 80 se acumulaban decenas de personas, personas que lamentaban el desastroso accidente que allí había ocurrido horas antes. El panorama era desalentador, y la escena, sumamente triste. Un gran camión, con sus luces encendidas, estaba postrado en la mitad de aquel puente, y frente a él yacía un cuerpo cubierto con una sábana blanca, de la que sobresalía un brazo que sujetaba fuertemente una peculiar gorra roja.

Lo que Peter nunca supo fue que aquel vagabundo con el que había estado charlando le había cedido su puesto, y desde ese día él sería el desdichado vagabundo de la calle 80, lugar que ocuparía hasta que la muerte y el destino encontraran a un ser más desgraciado que él, condenándolo a deambular por los mismos ochenta metros de aquella calle y a envejecer hasta más no poder.

Y pensar que aquellas voces que lo agobiaron antes no eran más que palabras de aliento de las personas que lo querían y que junto a la vida intentaron interceder por su destino, pero aquella escurridiza brisa de muerte ganó el juicio, haciendo así que el destino jugara a su favor. 🏠



Espera

Luis Carlos Ramírez

Estudiante del programa de Historia y Patrimonio

Este año octubre ha durado casi todo el año. El universo se ha estado desgajando ininterrumpidamente en sus cuatro confines, sólo tomándose pequeñas pausas para reincorporarse con mayor temeridad y estruendo como si le hubieran jalado las horquetas a la ramada del cielo.

Nos estamos pudriendo vivos y sin poder hacer nada para evitarlo -, dijo el hombre sacando sapos de detrás de las puertas con la punta de la abarca.

La mayor parte del año lo hemos vivido con los huesos húmedos y la piel blandita y arrugada -, respondió la mujer, visiblemente fastidiada con el sereno incesante, dándole unos manducazos a un pantalón del colegio de uno de sus hijos.

Más de uno debió sentirse la columna esponjosa cuando pasó el aguacero de cincuenta días que iba de pueblo en pueblo y luego volvía, desgranándose en este sereno eterno que ya tiene enmohecidas hasta las conciencias.

Pronto llegará diciembre con sus cielos límpidos y su calidez entrañable -, le dice el hombre a su mujer, intentando minimizar su fastidio, dejando de silbar un porro que viene componiendo hace unos quince días.

Estamos esperándolo desde hace como dos octubres y la verdad no pienso seguirlo esperando -, respondió la mujer esculcándose los bichos multiplicados por la humedad, durante una pequeña pausa en la lavandería.

La casa era de bahareque y palma de vino, casi tan antigua como el mismo pueblo, sostenida en el horizonte que dibuja el río por un centenar de jaulas vacías desde que Alejandra entrara imponiendo su ley montemariana heredera de los cimarrones de María la alta. El lugar central es ocupado por la cocina, en cuyo centro se ubica una mesa larguísima que se extiende casi hasta llegar al ventanal desde donde la mujer controla toda la casa: los niños corriendo y saltando por el patio, los perros que salen por el callejón atosigando al que se acerca al portillo, las nuevas melodías que a su esposo le revolotean en el antejardín, los distintos cacareos de las gallinas, anunciando los huevos esperables en la postura diaria y la nueva cagada del presidente o alguno de sus ministros ineptos. Nada logra escapársele en ese pequeño territorio de su santo reino, menos, en el trance burbujeante que convierte el fondo de su paila ardiente en un pequeño aleph personal aromado y apetitoso.

El rayo inaugural del aguacero irrumpió en un cielo vidrioso. Reventó en medio de la plaza y entró a todas partes con su estropicio ensordecedor, resbalándose sobre las pieles lívidas y erizadas y bajo los muebles que pronto flotarían en una sopa espesa, oscura y nauseabunda.

—Tengamos paciencia -, dijo el hombre a su mujer, rodeándola por la cintura mientras caminan del lavadero a la cocina.

—¿Paciencia, Juan? Sabes que hay cosas que no esperan -, le dijo anudándose el delantal rojo que había bordado durante los primeros días del aguacero, aprovechando el ocio festivo antes del infierno regional de esta creciente sin Dios ni madre.

El pueblo se encuentra asentado sobre unas barrancas bermejas que hace mucho tiempo fueron su barrera natural ante los embates del río, pero a causa de la sedimentación incontrolada han venido desapareciendo, así como desapareció el frenesí comercial que desataban los vapores, lanchas y remolcadores que atracaban en la plaza, trayendo entre sus aspas una pequeña bonanza que no se ha podido volver a tener más de medio siglo después.

—Pero el río está bajando en El Banco, dijeron en la cooperativa, hija.

—¡Ja! Ha bajado tantas veces y en ocasiones tan decididamente que hemos llegado a creerle, pero hace más de un año que se volvió loco: ¡Ya la tierra no soporta una gota más! -, gritó la mujer, tirando unos calderos en el lavaplatos y girándose hacia su esposo con los ojos encendidos.

—Quizá la niña pueda conseguir un trabajo pronto y nos dé una manito, ¿no crees?

—Es que la cosa está tan dura... ojalá Luna pueda ayudarnos, suspiró.

Cuando Luna viajó a estudiar a Barranquilla fue la única vez en su vida que salió desde el pueblo en chalupa, rumbo a Magangué. Esa creciente había sido la más grande hasta entonces y, aunque a la mujer le daba miedo el río, decidió mandar a su hija por ese medio porque prefería que se la tragara el río antes de que la guerrilla se quedara con ella en una pesca milagrosa.

—Imagínate, hija, que el otro día, en Mompox, me preguntaron si ya el pueblo se había hundido, olvidando que sólo faltaba un escalón en la albarrada

para que el río borboritara entre sus casas
y calles detenidas en el tiempo...

—¡No están ni tibios! El día que este pueblo se hunda ya
a El Banco y a Mompox los tuvieron que haber pescado
en bocas de ceniza hace rato. ¡Pendejos!

*El pueblo siempre había sido tranquilo, hasta que comenzó
a aparecer 'la última lágrima', esa camioneta maldita en
la que los paramilitares pelaban los dientes como perros
rabiosos y embarcaban a los paisanos a un viaje
que casi nunca tenía retorno.*

—¿Cuándo parará de llover, carajo? -, preguntó el
hombre podándose los líquenes brotados entre
la barba, mirándose en un espejito que fue de su padre
y su abuelo y que tenía como cuarenta años de estar
incrustado en la misma palma que el viejo Joaco lo puso
cuando regresó de trabajar en Venezuela.

—Sabrá Mandrake -, respondió la mujer sin mirarlo,
empezando a sazonar unos bocachicos para el almuerzo.
Esto no tiene precedentes, la madre. No creo que haya
ser vivo que viera algo peor...

—¡Se nos han mojado hasta los apellidos, hija!
Figúrate que a principios de septiembre ya el río
estaba donde debería estar en diciembre,
según las marcas del recuerdo.

—Si siguen así las cosas, querido, nos vamos a ir
al carajo. —Ñerda, hija... ¡calla esos ojos! -
le dijo, sacudiendo la máquina de afeitar en el
borde de la ponchera que les sirve de lavamanos.

—Nos vamos a morir oxidados, hombre.

—O de hambre, que es peor, mujer.

—¡Y nos van a tener que enterrar en canoa! -,
exclamó la mujer metiéndose en el chinchorro
mientras los pescados van inundando toda
la casa con sus aromas alucinantes.

—Más bien será dejarnos llevar por la corriente: Ya no
está quedando pedazo de tierra seco...

—Y pensar que la única forma de irnos es en lancha, que
vaina: ¡Agua para huir del agua!

Juan conoció a Alejandra un atardecer, tras una pila de aguacates, en un kiosquito donde los vendía en el cruce de Gambote, en El Carmen. Venía de tocar por los lados de Chochó y se encontró en medio del ajetreo de ese pequeño mercado a la vera del camino con los ojos y la sonrisa más bellos que había visto en sus años de acordeonero trashumante. Cada vez que pasaba por El Carmen iba a visitarla hasta que se fueron juntos a crear su mundo lejos de la sabana. Siempre bailan, cuando él viene de un toque, la primera canción que le dedicó en serenata: Alma, corazón y vida, pero al estilo de Aníbal Velásquez y él siempre le dice, sonriente, pero yo sí me acuerdo de cómo te vi...

—Ahí viene Tori, debe traer noticias frescas de la calle -, dijo el hombre sacudiendo un impermeable colgado en la ventana que le servía de espejo para peluquearse.

—Buenas, dijo, dejando las chancletas en la puerta de la calle. Yo creo que los parásitos se me están convirtiendo en gusarapos, coma -, dijo la mujer rodando un taburete al centro de la cocina.

—¿Y qué se dice? -, preguntó el hombre correteando goteras con unas jarras plásticas por toda la estancia.

—La carretera está partida en tres toletes y no pasan ni los mulos ni los tractores -, respondió Tori sonriendo, al sentarse.

—Eso era de suponerse -, dijo el hombre poniendo la última jarra al final del zaguán.

—¡La vida se nos está yendo en huirle al agua, carajo!-, sentenció la mujer, sentándose en el chinchorro que cuelgan a un costado de la cocina, pa reposar la jartura.

—Pero hay gente que le echa la culpa al alcalde, también de que se hayan anegado algunas calles -, añadió Tori.

—¡La gente si es pendeja! -, dijo la mujer limpiándose el barro de las uñas blanditas.

—Hijueputas es que son -, dijo Tori acomodando su equipaje en una butaca.

—¿Eso quiere decir que Prevel tuvo la culpa de que Haití se desmoronara? -, preguntó el hombre... sin obtener respuesta y sin esperarla, en realidad.

—Deberían reclamarle a san Pedro, dijo Tori, dejó hundir a Murillo, su pueblo.

—Esta inundación es porque al suegro de la Cabrales le tocó soltarle el mango al sartén -, concluyó la mujer, aunque puso al que quiso...

El hombre vio reflejada su sonrisa en el sudor de la taza de café cargado que se estaba sirviendo. Pensó en los huevones que se ponen a pelearse por unos políticos, sin darse cuenta que todos se tapan con la misma cobija, y en los más pendejos aún que dicen que no les importa la política porque eso no les afecta.

—Ahora si nos jodimos -, dijo, y se recostó en un taburete, sorbiendo el café tan amargo como sentarse a ver las noticias en este país donde una masacre anuncia en sus estertores la siguiente.

—¿Y por qué no le echamos la culpa al padre? -, masculló la mujer.

—¡El padre no tiene la culpa! -, protestó Tori, ¡eso sí que no comadre!

—Es para que en los pasquines dejen descansar un rato al alcalde -, agregó divertido el hombre, ya no encuentran que hacer.

—Menos mal se le dio por construir la muralla y comprar esas bombas, porque con este invierno tan grande ahorita se sube el agua las escalinatas del puerto -, agregó la mujer.

—Mejor me voy -, dijo Tori, no quiero cargar en mi conciencia ningún muerto.

¡A todos nos va a acabar comiendo el mundo con sus dientes de lluvia, hagan lo que hagan y digan lo que digan esos peleles!, sentenció la mujer.

—Los que mataban sin más allá ni más acá eran los Paracos, hija, si mal no recuerdo... a menos que fuera encargo...

Por un momento lo único que se escuchaba era el trepidar de la lluvia.

—Me voy, dijo Tori, con algo de miedo. Duerman bien acurrucaditos, les dijo, sonriéndoles y guiñándoles un ojo.

—Mija...empezó a preguntar el hombre.

—¿Qué? -, le interrumpió su mujer, vociferando.

Vio en sus ojos, con total nitidez, el brillo de la cantaleta que ya sazónaba en sus entrañas y prefirió quedarse callado. Se levantó a llevar la taza a donde había bebido el café y se sentó, de nuevo. Ella supo su pregunta a través de su silencio y el ronronear de la lluvia incansable y le respondió, convencida: No va a dejar de llover hasta que al cielo no le ronque y nadie podrá detenerlo, ¡así sigan hablando mierda a la diestra y siniestra! 📺